
Marion Zimmer Bradley



DARKOVER
LA ESPADA ENCANTADA

Un lord del Comyn debe rescatar a una pariente raptada por los hombres-gato que la mantienen presa en algún lugar de las tenebrosas tierras oscuras y también en un remoto nivel del plano astral. Obtendrá la insólita ayuda de un terráqueo, poseedor a su vez de cierto talento telepático análogo al laran de los darkovanos. Pero lord Damon, el temeroso y excesivamente sensible lord del Comyn que una vez fue rechazado por la Celadora Leonie, duda a veces del alcance de su virilidad y deberá superar su propio temor en el supremo momento de empuñar la espada encantada gobernada en sus manos por uno de los mayores expertos en la esgrima.

Presentación

La siguiente presentación fue realizada por Miquel Barceló para la edición de LA ESPADA ENCANTADA en la colección NOVA fantasía y contiene descripciones que pueden desvelar elementos de la trama. Si prefiere evitar su lectura, [púlseme](#).

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la Fundación de Asimov había definido la de los años cuarenta y cincuenta. En realidad muestra de una manera ejemplar cómo la ciencia ficción va dando cabida en su seno a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico sin la voluntad racionalizadora y científicista propia de la ciencia ficción clásica.

En torno a Darkover existe en la actualidad un conjunto de una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden en parte de los antiguos colonos terrestres y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los variados intentos de lograr su inte-

gración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La serie se inició en 1962 con *THE PLANET SAVERS* y *THE SWORD OF THE ALDONES*, que tienen forma de la más clásica space opera. En los libros posteriores, principalmente en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la autora alcanza además un dominio ejemplar en el tratamiento de los personajes y da preponderancia a una serie de temas que pertenece ya a un mundo mucho más complejo (telepatía, mujeres amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, etc.), con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.

En realidad la serie lo es tan sólo en tanto que sus historias transcurren en el planeta Darkover. La autora ha repetido siempre que los libros se pueden leer en cualquier orden. Y eso es cierto, ya que ninguno de ellos asume que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. En palabras de la propia autora:

«Siempre he intentado que cada uno de mis libros sea tan completo que pueda leerse por sí mismo aunque el lector no haya leído anteriormente ninguno de los otros. Realmente no pienso en ellos como en una «serie», sino más bien creo que Darkover es un mundo familiar en torno al cual me gusta escribir novelas y al que los lectores desean volver. Cuando una lógica muy rígida exigía dañar la independencia de uno de los libros, francamente debo decir que he sacrificado la lógica. Y no pido excusas por ello».

Y hay más de una razón para este proceder. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que parecen ser poco más que una prolongación interminable de un

primer relato (y es bueno recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN tenía un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro). Ella, misma explica por qué:

«Nada es más frustrante para mí que leer el segundo, el cuarto o el sexto libro de una serie, y ver que el autor asume sencillamente que he leído todos sus otros libros y conozco todo el trasfondo. Cuando los lectores empiezan a cansarse y preguntan por qué (por ejemplo) dos ciudades distan un día de viaje en un libro y tres días en otro, empiezo a comprender por qué Conan Doyle hizo caer a Sherlock Holmes por la cascada de Reichenbach y por qué Sax Rohmer intentó repetidas veces quemar, ahogar o desmembrar tan completamente a Fu Manchú que ni siquiera los editores pudieran resucitarle en otro libro».

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden y la misma Bradley dirá de sus novelas:

«Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy imprecisamente interrelacionados con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello, muy semejantes. Si los libros tienen algún mensaje (y personalmente lo dudo), es simplemente que para un ser humano nada de la humanidad le es ajeno».

La espada encantada

En realidad LA ESPADA ENCANTADA tal vez no sea demasiado representativa de la entidad y el interés de todos los temas que la serie aborda en otras novelas. Su extensión es breve comparada con la de los demás libros y, tal como ya se ha indicado, la trama es sencilla. Pero se trata de una novela muy eficaz en su intento de proporcionar al lector las claves centrales de la serie. Y ésta es la razón de su elección como primer título en nuestra edición.

De hecho LA ESPADA ENCANTADA resume de una forma muy acertada y válida las características centrales que configuran la cultura de Darkover, su fronteriza situación en el gran Imperio Terrano e incluso el Pacto entre terranos y darkovanos sobre el uso de armas.

El lector podrá conocer atisbos de la estructura social de Darkover en un largo período de su devenir histórico, el papel de la Torre y de sus Celadoras, el de los técnicos de matrices, el de la habilidad de los darkovanos en el manejo de la espada a la que se obligan tras el Pacto con los terráneos, etc. Podrá conocer también el sentido del laran, ese poder psi cultivado genéticamente que permite a algunos darkovanos sintonizar una piedra estelar con sus estructuras telepáticas y adentrarse en el supramundo del plano astral.

En una visión superficial se podría decir que la novela narra una aventura centrada en los esfuerzos de un lord del Comyn. Se trata de rescatar a una pariente (una Celadora, por cierto) raptada por los hombres-gato que la mantienen presa en el mundo real y también en un remoto nivel del plano astral. Se podría también añadir que, en dicho esfuerzo, tendrá la insólita ayuda de un terrano, sorprendente poseedor a su vez de un cierto laran.

Pero esta descripción superficial de la trama no nos dice nada sobre lo que ya está presente en esta novela y será el elemento central del resto de la serie Darkover: el dominio ejemplar de la autora en el tratamiento de la psicología de los personajes y su interés central por la ética de la libertad. La serie está presidida por la idea de que conseguir algo supone siempre perder algo a cambio y por el hecho de que toda decisión comporta un riesgo y no es más que un ejercicio de voluntad y valor.

Aquí es el terrestre Andrew quien decide quedarse en Darkover y ello le reporta satisfacciones pero también dificultades y problemas. Y es lord Damon, el temeroso y excesivamente sensible lord del Comyn que una vez fue rechazado por la Celadora Leonie, quien duda del alcance de su virilidad, y quien deberá superar su propio temor en el supremo momento de manejar la espada encantada.

Hay muchas espadas encantadas en la historia de Darkover. Como la legendaria Espada de Aldones, conservada en la capilla de Hali, tan antigua y terrible que nadie es ya capaz de empuñarla. O la Espada de Hastur de la que se sabe que se convertirá en fuego si se empuña para algo que no sea defender el honor de la casa de los Hastur. En este caso es la espada de un gran maestro de la esgrima la que empuñará la mano de lord Damon pero será gobernada a distancia por su hábil propietario: Dom Esteban.

MIQUEL BARCELÓ

1

Había seguido un sueño, y el sueño lo había conducido hasta aquí para morir.

Semiinconsciente, yacía sobre las rocas y sobre el delgado musgo de la grieta de la montaña, y en su estado de confusión, le parecía que la muchacha a quien había visto en ese sueño se hallaba frente a él. *Te estarás riendo*, le dijo Andrew Carr al rostro imaginado. *Si no fuera por ti, yo estaría a media galaxia de distancia.*

Y no aquí, medio muerto, sobre un pedazo de tierra helada, en el borde de ninguna parte.

Pero ella no se reía. Parecía estar de pie junto al borde mismo de la cornisa de roca mientras el cruel viento de la montaña agitaba la tenue túnica azul alrededor de su cuerpo esbelto, con la larga cabellera roja, brillante y resplandeciente, enmarcando las delicadas facciones.

Y pareció hablarle, aunque el hombre agonizante sabía —sabía— que su voz no podía ser más que el eco del viento en su cerebro febril.

—Extraño, extraño, no quise hacerte daño; ¡ni mi llamada ni mis actos te han traído hasta este paso! Es cierto que te llamé, o más bien llamé a cualquiera que pudiera escucharme, y resultaste ser tú. ¡Pero los que están por encima de nosotros saben muy bien que no pretendía perjudicarte! Los vientos, las tormentas, no responden a mis órdenes. Haré lo que pueda por salvarte, pero no tengo poder en estas montañas.

A Andrew Carr le pareció que le respondía con palabras de ira. *Estoy loco, pensó, o tal vez ya estoy muerto, aquí*

tendido, intercambiando insultos con una muchacha fantasma.

—¿Dices que me llamaste? ¿Y los otros que venían conmigo en la nave? ¿Acaso los llamaste a ellos también? ¿Y los trajiste a morir aquí, entre los vientos cruzados de los Hellers? ¿Acaso la muerte de todos te proporciona algún placer, muchacha espectro?

—¡Eso no es justo! —Sus palabras imaginadas sonaron como un gemido de angustia y su espectral rostro se conmovió en el viento como si fuera a echarse a llorar—. Yo no los llamé; ellos vinieron por el camino al que les conducía su trabajo y su destino. Sólo tú tuviste la opción de elegir, y de compartir lo que les deparaba el destino. Te salvaré si puedo; el tiempo de ellos se ha acabado, jamás tuve su destino en mis manos. A ti puedo salvarte, si me escuchas, pero debes incorporarte. ¡Incorpórate! —Fue un salvaje grito de desesperación—. ¡Si te quedas aquí morirás! ¡Incorpórate y busca cobijo; no tengo poder sobre los vientos y las tormentas...!

Andrew Carr abrió los ojos y parpadeó. Tal como había esperado, estaba solo, magullado y tendido en la cornisa de la montaña, entre las ruinas de la nave de observación. La muchacha, si es que alguna vez había estado allí, había desaparecido.

Incorpórate y busca cobijo; no tengo poder sobre los vientos y las tormentas. Era, por supuesto, una idea condenadamente buena, si podía arreglárselas para obedecerla. Donde se hallaba, bajo un fragmento de la destrozada cabina de la nave de observación, no había manera de hacer frente a la cruel noche de este planeta extraño. Le habían advertido acerca del clima enseguida de llegar a Cottman IV: sólo un lunático pasaría una noche al aire libre durante la época de tormentas.

Con un último y desesperado esfuerzo, se debatió tratando de liberar el tobillo, que como la pata de un animal en un cepo había quedado atrapado con el metal retorci-

do. Esta vez sintió que el metal cedía un poco, aunque el terrible dolor aumentó. Arrancándose la piel, tironeó de su pie atrapado en la oscuridad. Ahora podía moverse lo suficiente como para movilizar la pierna con las manos. La ropa y la piel desgarradas estaban resbaladizas debido a la sangre, que ya empezaba a coagularse por el frío. Cuando tocó el metal retorcido, sus manos desnudas ardieron como si hubiera tocado fuego, pero pudo tirar hacia arriba de la pierna herida, evitando así los más afilados dientes del metal. Ahora, con un suspiro en el que se mezclaban el dolor y el alivio, liberó el pie: cubierto de sangre, con la bota y la ropa desgarradas, pero libre, ya no estaba atrapado. Se debatió hasta ponerse en pie, pero sólo para volver a caer de rodillas al abatirlo una ráfaga del helado viento cargado de aguanieve que se abatía sobre la cornisa.

Gateando para presentar menos resistencia al viento, se deslizó hasta el interior de la cabina, que se balanceaba peligrosamente ante los embates del viento, y al momento descartó cualquier idea de refugiarse allí. Si el viento se hacía más intenso, el condenado aparato saldría disparado al menos a trescientos metros de distancia, hacia el invisible valle que yacía abajo. Una parte, pensó, ya había desaparecido con la caída. Pero al hallarse aún con vida, debía asegurarse de que no había ningún otro sobreviviente.

Stanforth, por supuesto, estaba muerto. Sin duda, debía de haber muerto con el primer golpe: nadie podía sobrevivir con ese enorme agujero en la cabeza. Andrew cerró los ojos para protegerse del espantoso espectáculo del cerebro helado que se desparramaba sobre aquel rostro. Los dos cartógrafos —uno se llamaba Mattingly, jamás había sabido el nombre del otro— yacían exánimes y retorcidos sobre el piso y cuando gateó con cautela sobre la cabina, que estaba en peligroso equilibrio, para averiguar si alguno de ellos alentaba una chispa de vida, sólo encontró sus cuerpos ya helados y rígidos. No había ni rastro del piloto.

Debía de haber caído con el morro del avión en ese horrible abismo de abajo.

De modo que estaba solo. Con cautela, Andrew retrocedió para salir de la cabina; después, recuperando el buen sentido, volvió a entrar. Había comida en el avión —no mucha, las raciones de un día, almuerzos, los caramelos y dulces de Mattingly, con los que había invitado generosamente a la tripulación y que todos habían rechazado entre risas, las raciones de emergencia en un panel detrás de la puerta—. Lo sacó todo y, temblando de terror, se dispuso a quitar el enorme abrigo de Mattingly de su cadáver ya rígido. Le descompuso el estómago —*¡robar a los muertos!*— pero el abrigo de Mattingly, una pesada y costosa prenda de piel, ya no sería de ninguna utilidad para su dueño, y para el mismo Andrew podía significar la diferencia entre la vida y la muerte en la terrible noche que se avecinaba.

Cuando salió por última vez de la cabina, que se balanceaba horriblemente, estaba tembloroso y mareado, y su pierna herida, de la que había desaparecido la piadosa insensibilidad, empezaba a dolerle de manera lacerante. Con cuidado retrocedió hacia la pared interna de la cornisa, apilando sus provisiones conseguidas con tanto esfuerzo contra la roca.

Se le ocurrió que debería entrar al aeroplano por última vez. Stanforth, Mattingly y el otro hombre llevaban identificación, los discos metálicos del Servicio del Imperio Terrano. Si vivía, si regresaba alguna vez al puerto, esos discos serían una prueba de las muertes y significarían algo para sus parientes. Con cansancio, volvió a arrastrarse hacia el interior.

Y allí estaba ella otra vez, el fantasma, la muchacha, el espectro que lo había atraído hasta aquí, pálida de terror, interponiéndose directamente en su camino. Su boca parecía distorsionada por un grito.

—¡No! ¡No!

Casi sin querer, él retrocedió. Sabía que ella no estaba allí, que sólo había aire, pero retrocedió y su pie herido cedió. Cayó contra el acantilado de roca y justo en aquel momento una ráfaga de viento lo azotó, aullando como un alma condenada. La muchacha había desaparecido, no se la veía por ninguna parte, pero antes de que Andrew consiguiera incorporarse, una ráfaga de viento helado cayó sobre la cornisa y provocó un gran estruendo. Con un crepitante restallido final, la cabina del avión siniestrado finalmente perdió el equilibrio, se balanceó, se deslizó por la roca y se estrelló contra el abismo. Hubo un gran rugido, como el de una avalancha, como el del fin del mundo. Andrew se aferró, jadeante, a la ladera del acantilado, con los congelados dedos aferrados a la roca.

Después, el trueno perdió intensidad, y sólo se oyó el suave rugir de la tormenta y de la nieve al caer. Andrew se arropó con el abrigo de Mattingly, esperando a que su corazón volviera a latir con normalidad.

La muchacha lo había salvado de nuevo. Había impedido que volviera a la cabina por última vez.

Tonterías, pensó. De forma inconsciente debo de haber sabido lo que iba a ocurrir.

Reservó la idea para reflexionar sobre ella después. Ahora acababa de escapar de la muerte gracias a una serie de milagros, pero aún estaba muy lejos de estar a salvo.

Si el viento podía despeñar los restos del aeroplano desde la cornisa, también podía empujarlo a él, razonó. Tenía que buscar algún lugar más seguro para descansar, algún refugio.

Con mucho cuidado, aferrándose a la parte interna de la cornisa, se deslizó junto al muro. A tres metros de distancia hacia un lado, el saliente se estrechaba hasta desaparecer en una oscura pendiente de roca, resbaladiza por la nieve. Dolorosamente, con el pie desgarrado, volvió sobre sus pasos. La oscuridad parecía cerrarse, mientras el aguanieve se convertía en nieve blanca y espesa. Dolorido y cansado,

Andrew deseaba acostarse, envuelto en el abrigo de piel, para dormir allí. Pero dormir significaba la muerte, sus huesos lo sabían, y se resistió a la tentación, arrastrándose por la cornisa en dirección opuesta. Tuvo que evitar los fragmentos de metal que lo habían atrapado. Se dio un golpe en la pierna buena contra una roca oculta, y gimió de dolor.

Pero por fin consiguió recorrer toda la extensión de la cornisa, y en el extremo descubrió que se ensanchaba, ascendiendo suavemente hasta un espacio plano en el que crecían espesos matorrales, cuyas raíces se hundían en la ladera. Mirando hacia arriba en la espesa oscuridad, Andrew asintió. El follaje apretado y apiñado resistiría el viento, evidentemente había sobrevivido allí durante años. Cualquier cosa capaz de crecer en ese paraje tenía que ser capaz de resistir el viento, la tormenta, la tempestad, la cellisca. Si su pie herido le permitiera izarse hasta allí...

No fue fácil, cargado como iba con el abrigo y las provisiones, con el pie herido y sangrante, pero antes de que la oscuridad cayera por completo, había logrado izarse con los suministros de provisiones, gateando sobre ambas manos y una rodilla hasta llegar debajo de los árboles, donde se tendió, protegido. Al menos aquí el enloquecido viento soplaba con algo menos de violencia, ya que los matorrales lo frenaban. El equipo de emergencia contaba con una pequeña linterna con baterías; a su pálido resplandor encontró comida concentrada, una delgada manta de las del «espacio», que aislaría el calor de su cuerpo, y tabletas de combustible.

Colocó la manta y el abrigo formando una especie de tienda de campaña, usando para ello las ramas más gruesas. Se tendió en el diminuto refugio formado por las raíces y las ramas, donde sólo ocasionalmente le llegaba el rocío de la nieve. Ahora sólo deseaba acostarse y yacer inmóvil, pero antes de perder sus últimas fuerzas, se cortó la helada pernera del pantalón y los remanentes de la bota para observarse la herida del pie. Le dolía más de lo que hubiera

podido imaginar. Logró rociarla con el antiséptico del botiquín de emergencia y la vendó apretadamente, aunque aulló como un animal salvaje. Por fin se tendió, absolutamente exhausto, en su refugio, chupando uno de los caramelos de Mattingly. Se obligó a masticarlo, sabiendo que el azúcar proporcionaría calor a su cuerpo aterido, pero en el momento mismo de tragar, cayó en un sueño de agotamiento, muy parecido a la muerte.

Durante largo tiempo, su sueño fue el de un muerto, oscuro y sin sueños, una total anulación de la mente y de la voluntad. Y después, también durante mucho tiempo, fue apenas consciente del dolor y de la fiebre, del rugido de la tormenta en el exterior. Cuando amainó, todavía febril, se despenó acuciado por la sed y se arrastró al exterior, para quebrar los carámbanos que se habían formado sobre el borde de su refugio y chuparlos. Luego se apartó tambaleante a fin de saciar las necesidades de su cuerpo. Después volvió a la tranquilidad de su refugio a comer un poco más de comida, y volvió a caer en un profundo sueño saturado de dolor.

Cuando volvió a despertarse, era de mañana, y tenía la mente clara. Vio la luz y oyó tan sólo el leve murmullo del viento en las alturas. La tormenta había amainado, el pie todavía le dolía, pero podía soportarlo. Cuando se sentó para cambiarse las vendas, vio que la herida estaba limpia y no se había infectado. Por encima de su cabeza, el gran sol color rojo sangre de Cottman IV aparecía bajo en el cielo, y lentamente trepaba a las cumbres. Se arrastró hasta el borde y atisbo hacia abajo, hacia el valle, que se extendía envuelto por la bruma. Era un país salvaje y solitario, que no parecía hollado por pies humanos.

Y sin embargo, era un mundo habitado, un mundo poblado por humanos que eran, según le habían informado, idénticos a los de la Tierra. De alguna manera había sobrevivido al accidente que había acabado con el avión de Cartografía y Exploración; tenía que haber alguna posibilidad

de regresar otra vez al espacio-puerto. Tal vez los nativos fueran amistosos y le ayudaran, aunque debía admitir que eso no le parecía demasiado probable.

Sin embargo, mientras quedaba vida, había esperanza... y todavía estaba con vida. Muchos hombres se habían perdido antes, así, en áreas salvajes e inexploradas de mundos extraños, y habían aparecido sanos y salvos, habían vivido para contarlo a la Central del Imperio, en la Tierra. De modo que su primera tarea era lograr que su pierna volviera a estar en condiciones para caminar, y en segundo lugar, salir de estas montañas. Las *Hellers*. Era un buen nombre para ellas^[1]. Resultaban infernales. Vientos cruzados, ráfagas ascendentes, ráfagas descendentes, tormentas que aparecían de la nada... no se había inventado el avión que pudiera volar allí sin sufrir daño. Se preguntó cómo se las arreglarían los nativos. Mulas de carga o algún otro equivalente local, pensó. De todos modos, tenía que haber pasos, caminos, sendas.

A medida que el sol fue subiendo, las brumas se aclararon y pudo divisar los valles que se extendían más abajo. La mayoría de las laderas estaba colmada de árboles, pero más abajo, en el valle, corría un río, atravesado por una franja oscura que sólo podía ser un puente. De modo que, después de todo, no se hallaba en una zona deshabitada por completo. Había zonas que bien podían ser terrenos sembrados, campos cuadrados, jardines, una campiña grata y pacífica, donde el humo se elevaba desde las chimeneas de las casas... pero todo eso quedaba muy lejos; y entre las tierras cultivadas y el acantilado donde se hallaba Andrew se extendían grandes distancias de abismos, montañas y desfiladeros.

De alguna manera, sin embargo, conseguiría llegar hasta allí abajo, y luego al espacio-puerto. Y después, maldita sea, se iría de este planeta horrible y poco hospitalario en donde nunca debió haber aterrizado, o que en el peor de